



684307 clarín, santiago. 3-11-1970 P.5

LOS DOS murieron en la misma madrugada. Ambos fueron Premio Nacional de Literatura. Los dos pidieron que sus cenizas fueran aventadas. Uno en el mar de su infancia en Antofagasta y el otro en el jardín de su casa. Ambos no quisieron discursos en sus funerales. Podrían, para un profano, resultar vidas paralelas. Pero Salvador Reyes Figueroa y José Santos González Vera en nada se parecieron. El primero fue nieto de un cónsul. González Vera, nieto de un inquilino de fundo. Salvador Reyes fue diplomático, tuvo la Legión de Honor de Francia y Académico de la Lengua. González Vera, ilustrabotas, pintor de letras, mozo de sastrería, barbero, cobrador de tranvías. Cuando Salvador Reyes murió llegaron a su casa el director de "El Mercurio" y el director de "El Diario Ilustrado". No los imaginó en el hogar de González Vera.

Nunca comprendí por qué Salvador Reyes fue un monito. Tenía un mediano

Su producción exhala humanismo. Su humorismo extiende una mano afectuosa. Su modestia acusa sus nuevas ediciones "corregidas y disminuidas". Tenía tal respeto por su oficio que, con todo el encanto y finura que fácilmente, en forma fluida, podía darle a lo que escribía, prefería cortar, pulir y suprimir. "Cuando era muchacho", tardó cinco años en escribirla. Y bajando dos y tres horas diarias.

No le gustaban las entrevistas. No por hacerse el difícil, sino porque le asustaba ser personaje. Alguien que sacase un lápiz rompía el encantamiento. Enamorado del título de su obra "Vidas mínimas", se propuso convertir la suya en otra similar. Eso no debe entenderse como mansedumbre. A los doce años fue expulsado del Liceo Valentín Lelievre porque no aceptaba asistir a las clases de caligrafía "porque no voy a ser calígrafo", ni a las de gimnasia "porque no voy a ser gimnasta". Mantener ese principio le costaría la salida del hogar, que su padre no volviese a hablarle en el resto de su vida, y que tuviese que buscar oficios y trajes como Rinconete y Cortadillo. Nunca dejó de ser leal a su infancia pobre.

El respeto hacia cada ser adquiría un lenguaje de romántica ternura al referirse a su esposa. A María Marchant, educadora y regidora, nunca la tuteó. "María, creo que la voy a dejar. Usted es una mujer de energías y podrá seguir adelante", le dijo días antes de morir. "¿Han venido los niños?", preguntaba. Los niños, un hombre y una mujer, habían pasado los veinticinco. Pero siempre fueron "los niños". Sabía vivir y reír. Tuvo estilo hasta para la buena elección de es-

posa. A María Marchant le decía "mi jefe indio". En el respaldo de la cama matrimonial, colocó una litografía que mostraba un jefe piel roja. A su hija María Elena, hoy doctora, le decía "Bisagra". El apodo—explicaba— nació cuando ella era guagua. "Porque no lloraba, sino que rechinaba".

Su esposa militaba en el Partido Comunista. El fue siempre hombre de izquierda, sin militancia. Cuando llegaba a casa y encontraba a su mujer reunida con camaradas, esbozaba una sonrisa. "Hay culto aquí", comentaba. En las campañas, al ir ella de candidata a regidora, le preguntaba: "Jefe indio, ¿debo ir a rayar las murallas?" Treinta y ocho años en la más simpática y emotiva camaradería matrimonial.

"El jefe indio no puede ponerse triste y debe disponer que mis deseos se rea-

AHORA, CENIZAS

Por **AGAPITO**

licen. Me gustaría ser un montoncito de cenizas. Si quiere me esparce aquí en el jardín", fue una de las últimas conversaciones.

Cuando murió, María, su jefe indio, estaba a su lado, en vela, leyendo. En el escritorio quedaron las caderas del último trabajo que abordó. El título era "Siempre en primavera". Ahora hay que buscarlo, en sus páginas, en el corazón de los que le conocieron y en su jardín, siempre en primavera.

Ahora, cenizas [artículo] Agapito.

AUTORÍA

Agapito

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ahora, cenizas [artículo] Agapito.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile